Año 1962
La Vanguardia 4 enero

EN TORNO DEL JUICIO DE UN REGIMEN

FIN DEL PROCESO EICHMANN

NO tardará en saberse la última decisión, si es que al publicarse estas líneas sigue ignorada aún. Ya se han cumplido todos los trámites: la acusación, la defensa, las pruebas, las conclusiones, el veredicto, la sentencia. Todo por sus pasos contados, desde el mes de marzo en que se abrieron las puertas de la Casa del Pueblo, de Jerusalén, transformada en audiencia, hasta hoy que, previamente exorcizada, habrá vuelto a su ser primitivo. Me cupo a mí aplacar mi curiosidad periodística asistiendo el pasado 10 de junio, en la 72 sesión del proceso, a uno de los innumerables episodios de esta dramática y exhaustiva requisitoria. Eichmann estaba allí, a pocos pasos de donde me encontraba yo, en su jaula de cristal tantas y tantas veces reproducida por los periódicos del mundo entero, con dos guardianes a derecha e izquierda, codo con codo, y un tercero fuera de la jaula propiamente dicha, que le servía de enlace con el doctor Servatius, su defensor. No sé por qué había supuesto en Eichmann una cierta actitud personal harto distinta frente a sus jueces de la que, en realidad, asumía aquella mañana. Le imaginaba entregado a la fatalidad de una decisión que apenas le era hacedero modificar, convicto y confeso de su genocidio en el que, cero más o menos, poco afectaría a la sentencia definitiva y, por consiguiente, un tanto ajeno y, hasta si eso es posible, fatigado del espectáculo del que era sujeto activo y pasivo a la vez.

Le contemplábamos, desde el salón en que se celebraba el juicio, unas quinientas o seiscientas personas. Media entrada, diría cualquiera de los empresarios amigos, cubicando con esa infalibilidad que depara el oficio la cuantía del billetaje vendido. Media entrada, sí, de un público heterogéneo en el que predominaba el sexo débil y que, como los espectadores de un combate de tenis, miraban sucesivamente ya a los juzgadores ya al juzgado. Este, sentado en el borde mismo de la silla, se aparecía ante mí con la ancha y desparramada frente, la inmensa calva sobre la que la cinta de los auriculares parecía formar parte ya de una especie de extraño tocado capilar, un si es no es abstraído, pero despertándose súbitamente cada cierto tiempo para garabatear unas palabras en una cuartilla y mandárselas, por el mensajero, al doctor Servatius.

El fiscal discutía algunas cifras espeluznantes. La inmensa distancia que iba de unas a otras apenas si aumentaba su horror, porque, en realidad, lo mismo daba a la hora del crimen que los ejecutados hubiesen sido 750.000 —según un documento— o 1.750.000, según otro. Cualquiera de ambas eran suficientes para condenar al hombre responsable de ellas. ¿Lo era Eichmann, en efecto?

Yo llevaba mi idea preconcebida cuando entré en la sala del juicio. Yo llevaba, sí, la idea de que Eichmann, el más monstruoso burócrata de la historia al servicio de un régimen siniestro, fue un organizador de una eficiencia a la vez satánica y genial. Ignoro los grados de su personal crueldad, de su cinismo, sin duda elevadísimos. Pero pienso también que es el hombre que, acaso sin haber dado una mala patada a nadie, ha asesinado a más gente con la máquina de escribir. En qué parte era un impasible e inhibido ejecutor de las órdenes de sus jefes y en qué parte un fanático convencido de su necesidad para el bien de su causa, esto se me escapa a mí que —sólo furtivamente— he echado una ojeada a las informaciones de la prensa, pero, al fin y a la postre, tal vez el elemento intencional resulte accesorio.

Aunque uno tiene bastante enmohecidas sus herramientas profesionales y el doctor Servatius no causaba la impresión de necesitar consejos, es indudable que la única defensa posible era la de exaltar el burocratismo de Eichmann para convertir a éste en simple mandatario de instrucciones superiores. Así, todo, en cierto modo, podía explicarse. Sin salirnos del mundo de lo dantesco, la verdad es que el hombre al que se le da la orden de exterminar seis millones de seres y que por insensibilidad, por disciplina, o por sectarismo, lejos de rechazarla la secunda y cumplimenta con entusiasmo, ha de resolver problemas de tal envergadura que lo mismo pueden cargársele en la cuenta de su crueldad que en la de su eficacia.

Para matar seis millones de hombres es indispensable un método, una técnica que lo haga posible, sobre la base siempre de la rapidez y el ahorro de esfuerzos. Todos los sistemas conocidos de asesinar resultan pobres. Ni las pistolas, ni las ametralladoras, ni las bombas sirven de nada. Las cámaras de gas, sí. No sé si Eichmann fue su inventor o, simplemente, su padrino. Desde luego, sin las cámaras de gas Eichmann no hubiera podido ser Eichmann.

Lo que sigue a esa aterradora carnicería tiene cierta lógica macabra. Alguno de los testigos ha contado que formaba en el equipo encargado de extraer los dientes y las muelas de oro de los interfectos y eso, que nos estremece, los economistas del tercer Reich lo defienden diciendo que el valor del oro que se recogía era mucho y el oro era indispensable a los presupuestos de guerra. Desde ese punto de vista, si hacerse una cartera con la piel del ahorcado en la pequeña cárcel provincial de Z es condenable, desaprovechar los materiales para fabricar seis millones de carteras pudo parecer un despilfarro a los jerarcas nazis.

Eichmann es, por tanto, un resorte, nada más, de una maquinaria horrible en uno de cuyos extremos andaba Rossemberg con sus teorías sobre la pureza de las razas y en el otro, Hitler, que soñaba con la exterminación de los judíos como la cumbre de su gloria política.

El doctor Servatius buceó a la busca de los mejores argumentos para su informe, pero todos estaban viciados, y a su defendido se le condenó a muerte.

Ahora se especula sobre la posibilidad de que sea o no indultado. Es indudable que lo que se hizo en Jerusalén no fue el proceso Eichmann, sino el del régimen de Hitler y aún, si se me apura mucho, el de las milenarias persecuciones de la raza judía que siempre han encontrado, a lo largo de la Historia, propulsores entusiastas.

Eichmann ocupa el puesto que merecían, por derecho propio, ya Martin Borman, ya Himmler o el Fuhrer y esta circunstancia, que en nada atenúa la aberración que nos inspira su conducta, hace que le veamos más que como una persona física, como un símbolo. Si las tornas hubieran sido distintas, Eichmann, convertido en decano del Cuerpo Oficial de Exterminadores del Tercer Reich, habría explicado, frente a los aspirantes a ingreso, el éxito de los métodos con los que había batido todos los "records" de la destrucción. Aniquilar diez mil víctimas en 45 minutos sólo es posible, en efecto, con una técnica muy a punto y un singular talento organizador. Esto, gracias a Dios, no le será premiado ni ascendiéndole ni condecorándole, como lo hubiese sido —y sin duda lo fue ya— antes de la destrucción de la Cancillería, sino con la horca o la cadena a perpetuidad.

Israel, notorio es, se ha servido de Eichmann no tanto para aplicarle una ley rigurosa como para convertirle en reverberador de un cúmulo de atrocidades a cuya execración se invita a toda la conciencia universal. Por todo ello, el indulto o la ejecución de Eichmann es ya, a estas horas, un accidente que apenas si preocupa a alguien más que al propio interesado.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española